

# Más allá de la globalización: hacia la segunda mundialización de América Latina

Por *Fernando AÍNSA*\*

**E**N EL RECURRENTE Y MONOTEMÁTICO discurso contra la globalización, centrado casi exclusivamente en sus aspectos económicos y financieros, suelen olvidarse importantes distingos ligados al proceso histórico de la mundialización cultural y civilizatoria nacida con la edad moderna y en la que el descubrimiento del Nuevo Mundo fue fundamental. Una vez inaugurado, en el vasto proceso de la mundialización convergieron otros *ismos*: las aspiraciones universalistas de la religión católica y las pretensiones de la civilización occidental erigida como paradigma de la modernidad; el *internacionalismo* de la “Internacional Socialista” que ha sido difusor del modelo de la socialdemocracia y de un *mundialismo* político y humanista que ha conducido a la proyección universal de los derechos humanos y a la creación de organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales y redes de solidaridad de variado signo basadas en valores y principios que se pretenden mundiales.

Recuperar los aspectos positivos de esa dimensión mundializada de la política, de los problemas sociales y ecológicos y de lo que genéricamente se denomina “ética planetaria”, es uno de los modos más eficaces de enfrentar en su propio terreno a la ideología del *globalismo*, impuesta por la dictadura neoliberal del mercado y sus escandalosos abusos financieros. Una recuperación que también debe servir para distinguir entre globalización económica y la acelerada transformación “tecnocrónica” que interconecta y mundializa al instante todo acontecimiento local.

Esta nueva dimensión, con sus luchas y resistencias y el despertar de fuerzas sociales y ciudadanas, plantea alternativas reales y posibles a la globalización económico-financiera imperante. Su creciente importancia es parte de una inevitable “segunda mundialización” que —según creemos— ya está en curso y a la que nos referiremos en el presente artículo.

---

\* Miembro del Centre de Recherches Interuniversitaires sur les Champs Culturels en Amérique Latine (CRICCAL), Sorbona, París; e-mail: <fernandoainsa1@gmail.com>.

*El origen del globalismo*

NUESTRA reflexión parte del convencimiento de que el polarizado debate actual alrededor del globalismo sólo puede superarse a partir de la elaboración de estrategias y proyectos alternativos que tengan en cuenta la vocación integradora, internacionalista y universalista de la historia occidental en la que América Latina ha desempeñado una función esencial. “Si se conociera mejor, el siglo XVI de la expansión ibérica nos prohibiría evocar la mundialización como una situación inédita y reciente” para hacernos recordar cómo a partir del choque de la conquista y la colonización surgió en América una nueva realidad multicultural y mestiza y se desarrolló una reflexión sobre la alteridad que marcó el origen del derecho internacional contemporáneo.<sup>1</sup>

Antes de seguir adelante debemos remontarnos aún más lejos en el tiempo. Tal vez se deba empezar por recordar que la palabra *global* deriva del latín *globus*, término con que el vocabulario militar designaba al *pelotón*, formación circular en la que se ordenaba la legión romana cuando la rodeaba el enemigo. El emperador Caracalla adoptó esa forma del *globus* como símbolo del imperio. Retomado por los reyes visigodos, los príncipes cristianos le añadieron una cruz; imagen de la esfera coronada por una cruz que aparece en la iconografía religiosa de los siglos siguientes, especialmente en las manos del niño Jesús. El primer globo conocido como representación terrestre retoma en el siglo XV la idea de la universalidad cristiana, identificación del globalismo como espacialidad y encarnación de poder de la que se vanagloriaba Felipe II, cuando afirmaba que en su imperio nunca se ponía el sol.

Todo análisis de la globalización contemporánea debe inscribirse en esta perspectiva, a la vez percibida como ruptura y como continuidad de la expansión iniciada en el siglo XVI, cuando la humanidad tomó conciencia de que existía un Nuevo Mundo y se vio confrontada al reconocimiento de la otredad y a elaborar una propuesta de alteridad en la que el componente de la nostalgia de la unidad del mundo anterior a la Torre de Babel —según la versión bíblica y la visión platónica de una República de validez universal— se plantean como justificación y explicación de la nueva mundialización que se instaura.

Sin embargo, desde el primer momento los signos de la modernidad de alcance global de que era portador Occidente provocaron rechazos. El cierre de fronteras y el aislamiento autárquico del Japón del siglo XVIII fue uno de los ejemplos más palmarios, como lo fueran en

---

<sup>1</sup> Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000.

América las propuestas utópicas indocristianas de Bartolomé de Las Casas en Verapaz y la de las misiones de los jesuitas en Paraguay, todas ellas cerradas sobre sí mismas. Surgidas en la periferia de un imperio, eran modelos de sociedades alternativas enfrentadas al poder hegemónico y a la ideología centralizadora; reflexión y conciencia en la que, no por azar, se inscribió la *Utopía* de Tomás Moro, publicada en 1516.

El género utópico, generalizado a partir de la obra de Moro, se caracteriza por propiciar el aislamiento y la autarquía de las que su carácter insular es el símbolo. La utopía clásica reduce al mínimo las relaciones y contactos con el exterior, especialmente el intercambio económico. La mayoría de los proyectos propugnan la autosuficiencia y son contrarios al comercio y la interdependencia, relaciones que —según esta percepción— están en el origen de los males de la humanidad. Tal característica es constante en las representaciones clásicas de la Edad de Oro, cuyo fin (la aparición de la Edad de Hierro) se produce por el proyecto de viaje y de búsqueda del Vello de Oro por parte de Jasón y los Argonautas, navegación que inaugura los contactos entre pueblos por razones comerciales y acelera el fin de ese periodo feliz de la historia de la humanidad.

El aislamiento en que vivían las grandes civilizaciones americanas, ignorándose entre sí, pareció dar razón a ese principio, modelo que —especialmente en el caso de los incas— inspiró muchos textos utópicos, no sólo en las visiones “pasatistas” y nostálgicas del Inca Garcilaso y de Guamán Poma de Ayala, sino en la perspectiva contemporánea.<sup>2</sup>

### *La mundialización de la cultura*

LA mundialización, aunque inicialmente fuera la de las mercancías, también lo fue de la cultura. Lo comprendió Antonio de Nebrija al dedicar su *Gramática de la lengua castellana* a la reina Isabel la Católica en 1492, el mismo año del descubrimiento de América, y al vaticinar la importancia de la que sería herramienta fundamental de expansión y unificación del imperio español.

Los valores humanísticos de la cultura occidental a los que se otorgó la categoría de universales no les fueron a la zaga en esta expansión de signo tan unívoco como equívoco. Pese a los nacionalismos belico-

---

<sup>2</sup> A la visión idealizada de Louis Baudin, *El imperio socialista de los incas* (Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940), siguen textos como el de Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, La Habana, Premio Casa de las Américas, 1988.

sos que obstaculizaban su expansión y de los cuales sigue habiendo radicales expresiones, el discurso de la mundialización no ha hecho más que ir ganando el espacio geográfico que hoy controla.

América ha sido desde su “descubrimiento” campo experimental de este proceso, del que no pueden olvidarse sus importantes repercusiones actuales. El imperio español, inicialmente aferrado a una soberanía territorial autosuficiente, expresada por el mercantilismo, debió ceder a la visión universal en la que se apoyaba la unidad temporal y espiritual de la Ciudad de Dios, mundo cuyos límites se habían extendido más allá de la ecumene. En ese marco, Francisco de Vitoria y Hugo Grotius formulan sus primeros esbozos de un derecho internacional que debía sobrepasar el de los Estados-nación. Para Vitoria, se trata de un derecho de circulación y de inmigración; derecho de comercio internacional, “orden natural” que funda las relaciones de comunicación y de dependencia mutua entre las naciones. Para Grotius, la libre circulación y la comunidad de los mares (*Mare liberum*) dan su verdadera dimensión al globo terrestre. Lo mismo sucede con los ríos y las leyes que rigen su navegación.

En la propedéutica generadora del espíritu cosmopolita, el Siglo de las Luces va más lejos al sostener que el libre intercambio es creador de valores. La noción de libertad individual se complementa con la de poder viajar, comunicarse y comerciar libremente. Entre los viajeros, los científicos establecen con curiosidad de vocación universal las primeras redes de información e intercambios merced a publicaciones consagradas al inventario del mundo americano que recorrían, del que Humboldt será su abanderado, como luego lo sería Darwin.

No puede olvidarse además que a partir del Siglo de las Luces ha habido un *mundialismo* basado en el progreso ciego e infinito de la humanidad, idea que llega prácticamente hasta nuestros días. Pletórico de entusiasmo, en 1957, McLuhan todavía sostenía en el momento del lanzamiento del Sputnik su fe absoluta en el progreso, del cual la electricidad era el tejido que unía en la distancia las partes con el todo, urdimbre que permitiría una descentralización de las ventajas de que era portadora. “La difusión de la electricidad no centraliza, sino descentraliza”, afirmaba convencido; globalización de redes de energía, verdadera tela de araña interconectada que cubre ahora virtualmente el planeta.

Los organismos internacionales que retoman la propuesta filosófica de “la paz perpetua” de Kant plantean inicialmente al *mundialismo* como un movimiento hacia la unificación de las sociedades humanas. Conocido como el *worldism*, el proyecto de “los Estados Unidos del

Mundo”, se plasma en la creación de la Sociedad de las Naciones que el presidente Woodrow Wilson, invocando el pensamiento kantiano, promueve en pleno siglo XX. Instaurado tras la Segunda Guerra Mundial, el sistema de las Naciones Unidas con sus agencias especializadas (FAO, OMS, UNESCO...), será su perfeccionado heredero.

El ideal de la reconciliación universal y de fraternidad entre los pueblos preside otros proyectos de integración mundial que han ido jalonando la historia de la expansión de Occidente: Condorcet y su propuesta de República universal de las ciencias; la reorganización positiva del mundo por la asociación universal de los industriales de Saint-Simon; y más recientemente el pensamiento organicista en su representación biomórfica del mundo como un vasto organismo en el cual todas sus partes son solidarias y están interconectadas.

La *planetización* y la responsabilidad en “masa de la Humanidad” en esa “totalidad cósmica” inmanente sobre la que profetizó Teilhard de Chardin en *Le phénomène humain* permitió afirmar que el mundo se había transformado en un teatro sin espectadores, donde todos eran actores. Esta creencia se repite en la metáfora de Buckminster Fuller sobre la “nave espacial tierra” (*spaceship earth*). La tierra es un planeta librado a su suerte en el infinito del universo, donde todos los seres humanos son tripulantes y no sólo pasajeros. Un planeta que es la “casa de todos”, *Cosmocracia* que reivindica en España Martín Ortega Carcelén.

### *Los signos de una “segunda” mundialización*

**P**ESE a esos antecedentes y a los textos teóricos que los respaldan, la globalización económica y tecnológica actual no ha generado todavía una mundialización política, social, cultural o ética a su escala. Sin embargo, aunque todavía no pueda hablarse de una mundialización de los espíritus, hay una noción de lo mundial que se diferencia claramente de la noción del globalismo ideológico, lo que evidencia el esfuerzo por encontrar respuestas al mero imperio de la especulación económico financiera.

Todo indica que estamos asistiendo al inicio de una segunda mundialización, cuyos componentes no serán exclusivamente económicos, sino de civilización, cultura y ciudadanía. Los signos que la anuncian son plurales, por lo que debe hablarse, en realidad, no sólo del proceso de globalización económica, sino de varios procesos simultáneos: políticos (procesos de integración y regionalización), sociales (movimientos de resistencia, contestación, propuestas alternativas a

escala internacional) y culturales (hibridación, emigración, exilio, interculturalidad) que han ido creando una conciencia compartida ante problemas comunes, tal como ya sucede con los ecológicos y demográficos.

En efecto, los problemas demográficos, económicos, sociales y ecológicos están mundializados de hecho y sólo pueden encararse a nivel planetario. Los megatemas ecológicos del medio ambiente —contaminación, reciclaje, recalentamiento del planeta, agujeros en la capa de ozono del hemisferio sur, deforestación de la Amazonía y desaparición progresiva de especies terrestres y marinas—, la escasez y administración del agua y otros recursos no renovables, así como los relativos a la calidad de vida urbana y rural sólo pueden abordarse en una perspectiva mundial. Todos ellos forman parte de preocupaciones sobre el destino del planeta y son objeto de conferencias, declaraciones, estadísticas, cartas y convenciones que aspiran a tener validez universal, como la Convención sobre Cambio Climático de 1992 y el Protocolo de Kioto de 1997, aunque su puesta en marcha está jalonada de obstáculos y fracasos, como puso en evidencia la conferencia de Estocolmo en el 2009.

Desde la catástrofe de Chernobil —que en plena Guerra Fría demostró cómo las fronteras terrestres y los muros levantados entre países de sistemas políticos enfrentados podían ser barridos por un viento cargado de amenazas nucleares soplando libremente sobre Europa— hasta el reciente “sunami” en la planta nuclear de Fukushima en Japón, el mundo ha ido cobrando conciencia de que se vive en un sobrecargado planeta con recursos naturales limitados y un medio ambiente cada vez más degradado. Se reconoce, por lo tanto, que para evitar nuevos cataclismos deben establecerse reglas de convivencia y protegerse los espacios comunes: océanos, mares y costas, atmósfera, montañas, bosques y selvas. Esta toma de conciencia de la globalidad de los fenómenos terrestres y de la interdependencia de los componentes de la biósfera ha conducido a una creciente transdiscipliniedad de saberes, otrora cantonados en disciplinas incomunicadas entre sí y han surgido nuevas disciplinas.

Es evidente que la globalización económica se amplía día a día con la globalización del conocimiento. De ahí que pueda hablarse de una “segunda mundialización” en curso, cuyos componentes no son únicamente económicos, sino —repetimos— de civilización, cultura y ciudadanía, cuyo resultado inmediato debe ser encuadrar, frenar y reorientar los procesos oligopolizadores y de mercantilización de todos los aspectos de la vida. También debe servir para combatir el aprove-

chamiento de las posibilidades de la mundialización por parte del bandidaje internacional (mafias, redes de pederastia y prostitución etc.), el tráfico de drogas, organizaciones para la inmigración ilegal y sectas de ramificaciones transnacionales que se han ido estructurando en el propio seno de la globalización financiera merced a sus sofisticados recursos tecnológicos.

La reacción ética que generan problemas como la tortura, los desaparecidos, el genocidio, el racismo, la pobreza y las guerras étnicas y religiosas va integrando una vasta urdimbre de solidaridad que rebasa fronteras y se articula en organizaciones y movimientos de todo tipo. Sus primeros efectos visibles son el surgimiento de una “ciudadanía planetaria” que toma conciencia de problemas comunes —guerra, hambre, tráfico de drogas y personas, deterioro del medio ambiente— y el surgimiento de movimientos de oposición a la globalización oligopolizadora y mercantilista que nos agobia, federados gracias al intercambio de informaciones y conocimientos a través de comunicaciones en las que Internet y las redes sociales que multiplica (Facebook, Twitter, Унк, Twenty, entre otras) desempeñan una labor fundamental.

Parte de esta globalización plural y de los instrumentos que anuncia es la renovada vigencia de los derechos humanos y la gravitación de una ética universalizadora de la que fuera portadora la primera Declaración de los Derechos Humanos en el marco de la Revolución Francesa. La llamada “segunda generación” de los Derechos Humanos —cuya Declaración Universal de 1948 diera un instrumento legal a los principios de la primera— se proyecta ahora con un sentido social y de responsabilidad colectiva. Una verdadera conciencia de ciudadanía planetaria que invoca los “derechos de los pueblos” ha ido completando la declaración de los derechos humanos individuales y apuesta a ese ciudadano más interdependiente y solidario del futuro, sin por ello ser menos libre.

Surgen en este contexto esfuerzos por internacionalizar procedimientos judiciales para asegurar su vigencia y aplicación. El Tribunal Penal Internacional, organismo de alcance universal —cuya creación fue decidida por ciento veinte Estados en Roma en 1998—, confirma una creciente sensibilidad, de la que han sido publicitados episodios el arresto londinense de Pinochet, los pedidos de extradición de criminales de guerra de las dictaduras del Cono Sur del juez Baltasar Garzón y los juicios contra los responsables de los genocidios en los Balcanes. El mundo está cambiando —se reconoce— ya que los derechos humanos que hasta ahora eran el furgón de cola de la globalización en curso, empiezan a tener la fuerza de una locomotora.

Ese proceso, según todas las previsiones, se irá acelerando en los próximos años. El siglo *xxi* necesita de una creciente integración consensuada en forma interdisciplinaria entre organizaciones internacionales, gobiernos, asociaciones y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales para hacer frente a la mayoría de estos problemas y —por qué no decirlo— necesita también de una cierta tensión utópica. Porque no es posible proyectar el porvenir de la vida en común sin imaginar un mensaje socializador con vocación de futuro, donde el individuo pueda reconocerse en una sociedad civil movilizadora en tanto que el envejecido discurso político se haya resemantizado y lo particular articulado sin dificultad en lo universal.

Por lo tanto, según todas las previsiones, el siglo *xxi* debería instaurar nuevas estructuras coordinadas y consensuadas a nivel internacional para la mayoría de los problemas del planeta. Ello supondrá una redefinición de la visión nacionalista que hoy resulta difícilmente imaginable en el contexto de la internacionalización de los problemas, tanto los políticos, como los económicos y ecológicos. Se anuncia aquí un espacio esencialmente interdisciplinario y complejo sobre el cual deberá operar la integración futura, especialmente en una región como América Latina, cuya cultura es de por sí integradora de tendencias e influencias.

Esta evolución conlleva una ambivalencia esencial: por una parte ofrece oportunidades crecientes para la apertura intelectual y los acercamientos mutuos y, por otra, en el orden de la cultura multiplica los peligros de uniformización y alienación; mientras por un lado existe una voluntad de afirmación de la identidad cultural, por otro se extiende la amenaza de su desvirtuamiento debido, sobre todo, a la difusión constante y masiva de paradigmas y modelos foráneos, por medios de comunicación unificadores, homogeneizadores de usos y costumbres.

Pero estas ideas no sirven de nada si no se acompañan de un debate y de una reflexión conjunta que esclarezca el camino a seguir y constituya el procedimiento adecuado para socializar ideas, generar consensos y construir puentes entre concepciones teóricas y acciones concretas.

Para intentar dar respuesta a estas inquietudes proponemos los siguientes cuatro puntos: superar la lógica maniquea; articular lo particular en lo universal; tener en cuenta la globalización de resistencias y de luchas; y finalmente, volver a ser gracias a la utopía.



## 1. *Superar la lógica maniquea*

Las propuestas alternativas, por no decir utópicas, que se propongan desde América Latina deben superar la lógica binaria a la que tradicionalmente ha estado sometido el continente y evitar tanto la tentación de preconizar un nacionalismo voluntarista y defensivo, cuando no victimista, como una entusiasta apertura privatizadora y neoliberal a la que se lanzaron muchos gobiernos en la década de los noventa del siglo pasado y en la que perseveran otros tantos en la actualidad.

La dicotomía entre globalización y fragmentado particularismo no ha solido tener términos medios en América Latina. Sin embargo, los puentes entre los extremos del debate actual son necesarios, por muy compleja que resulte toda aproximación desapasionada. Por ello, frente a la “realidad enmarañada que tenemos ante nuestros ojos” y “la trama de influencias múltiples” que ha generado, no pueden darse simples respuestas maniqueas o catastrofistas”.<sup>3</sup>

Todo impulsa a rechazar la realidad del mundo globalizado, pero todo debe propender a proyectar “otro mundo posible” y construir una “segunda modernidad” entendida como modernidad reflexiva que se viva a sí misma como problema y que sea capaz de elegir en la incertidumbre e interrogarse sobre las consecuencias de los actos. América Latina debe aprovechar esta instancia, no para cerrarse y aislarse o alienarse frívolamente en un consumismo internacionalista, sino para abrirse al resto del mundo, cada vez más interdependiente.

Por otra parte, auspiciosos signos evidencian que la aspiración humana a la diversidad se resiste a toda voluntad de cancelación de diferencias y se opone en variados escenarios del continente a la avalancha homogeneizadora. La originalidad de la cultura americana radica en esa condición de ser universal y estar adscrita a las transformaciones del mundo moderno, sin dejar de estar enraizada.

Gracias a la aparente contradicción entre el énfasis que se pone en proteger valores y modos de pensar y afirmar signos de identidad, al mismo tiempo que se favorecen relaciones interculturales de todo tipo entre áreas culturales diversas, se garantiza el carácter de “organismo vivo y cambiante” de sociedades como las americanas, de otro modo condenadas a la defensa estéril de una forma fija de su identidad.

---

<sup>3</sup> Gruzinski, *El pensamiento mestizo* [n. 1].

## 2. *Articular lo particular en lo universal*

LA mundialización no supone una realidad distante y abstracta que se contrapone a lo particular y local. Pensar globalmente y actuar localmente —como propuso la *ecología política* de Ivan Illich—<sup>4</sup> es hoy imprescindible porque las relaciones sociales, las desigualdades flagrantes, el empobrecimiento, la dominación, tanto como la globalización de la economía y la fragmentación de los particularismos culturales, la exclusión y la marginación no se deciden en los límites circunscriptos de un territorio. Es evidente que no basta con ello. El compacto entramado entre lo local y lo global impone que lo globalmente relevante deba ser también localmente decisivo.

Por ello debe propugnarse un desarrollo autocentrado, autónomo pero no autárquico, con incrementados grados de autogestión y de participación ciudadana y con una visión solidaria tanto a nivel local como nacional o internacional, que ponga el acento en la armonización y la integración de la diversidad en el seno de la unidad. Para desarrollar la capacidad de pensar globalmente y actuar localmente se impone una menor devoción al orden organizativo del plan preconcebido y al dirigismo mesiánico y una mayor confianza en la espontaneidad imaginativa descentralizada, flexible y transversal, capaz de generar una circulación ágil de ideas y propuestas. Se trata —en todos los casos— de pensar los problemas globalmente y actuar regional o localmente, porque muchas respuestas a problemas de carácter mundial (los del medio ambiente, por ejemplo) deben ser internas y provenir de los habitantes de la región a los que el problema concierne en forma prioritaria.

El pensamiento alternativo al globalismo imperante, debe ser capaz de pensar y actuar tomando en cuenta varios niveles a la vez —local, nacional e internacional— y articular simultáneamente tanto lo propio como lo común en lo que los artífices de la coexistencia dinámica de lo micro y lo macro y de la modernidad y la tradición llaman la *glocalización*. En algún caso el pensamiento alternativo puede asumir el carácter de lo particular y expandirlo para darle una inesperada resonancia. Hoy en día muchas singularidades irreductibles se difunden y consumen a nivel mundial. “La formación de la propia identidad merced a la recuperación de tradiciones perdidas o en trance de perderse, reales o inventadas, es un fenómeno característico” que se está llevan-

---

<sup>4</sup> Véase Ivan Illich, *Alternativas*, México, Joaquín Mortiz, 1974; y del mismo autor, *La convivencialidad*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1985.

do a cabo en el mundo entero —anota Luis Goytisolo— porque el gusto uniformado combina con la transformación de “todo género de tradiciones perdidas en espectáculo”. Rebuscar en las raíces, resucitar festejos y tradiciones, puede ser un modo de dar “amenidad a la globalización”.<sup>5</sup> Una cultura, en resumen, capaz de articular en una compleja urdimbre cosmopolita lo local, por no decir barrial, con el mundo y en la que, no sin paradojas, se pueda demostrar que lo universal es sólo la vocación planetaria de lo local.

En este pasaje, la función de los movimientos locales (las acciones en “el terreno”) que incorporan elementos globales y morales a su acción son fundamentales para articular lo particular en lo universal. En este caso, las acciones son locales sólo en apariencia, ya que pueden ser imitadas, contagiar a escala nacional o regional a otras, función en la que la utopía siempre ha sido pionera. Las “utopías vividas” así lo demostraron, cuando valían la pena vivirse.

En un mundo cada vez más interdependiente hay que aprender a leer las líneas de la evolución contemporánea, a catalizar la diversidad creativa y a vivir en lo intercultural. Para ello se debe pensar globalmente y actuar moralmente. En efecto, hoy en día no se puede actuar sólo “localmente”, como pretendía la fórmula original que sostenía: “pensar globalmente, actuar localmente”. Cada acción, aun la más individual, tiene repercusiones en otras acciones colectivas. Por ello, se trata de aprender a ver el bosque y no sólo los árboles, pero sobre todo se trata de ver el mundo en la perspectiva de un vasto proceso que va interconectando pueblos y sociedades entre sí en una dinámica acelerada, ajena a gradualismos y marcada por bifurcaciones que representan tanto peligros como oportunidades. Ello no supone pensar en forma vaga o a través de categorías generales o cifras estadísticas. Pensar globalmente es pensar en procesos más que en estructuras, es pensar en términos de una totalidad dinámica y no en partes estáticas. Hay que saber salir del “circo de las fronteras” —como ya proponía metafórica y poéticamente Víctor Hugo en *La leyenda de los siglos*— pensando en el día en que “toda la tierra será compatriota”.

Antonio Colomer recordaba hace un par de años la necesidad de que la democracia no se redujera al simple derecho de sufragio.<sup>6</sup> Debía suponer un compromiso más permanente y cotidiano en la participación, en los asuntos que interesan a la gente en el día a día y propen-

<sup>5</sup> Luis Goytisolo, “En torno a la era global: *Lúdica Hispania II*”, *El País* (Madrid), 25-iv-2001, p.11.

<sup>6</sup> Antonio Colomer, coord., *Regenerar la política: ciudadanos, ¡sed protagonistas!*, Valencia, s.e., 2008.

der a formas cooperativas y autogestionarias, formas de economía solidaria y desarrollar instituciones de democracia directa y semidirecta (referéndum, iniciativa legislativa popular). En este movimiento por la democracia real y la participación ciudadana, la educación y la enseñanza comunitaria son fundamentales. “Los ciudadanos son de nuevo protagonistas” —se alegra Paolo Flores D’Arcais, editor de la revista *MicroMega*—, sociedad civil que se moviliza buscando darse formas organizativas y creando una vasta alianza democrática.<sup>7</sup>

### 3. La globalización de resistencias y de luchas

LA mundialización de la protesta y la creación de nuevas formas de desaprobación son fenómenos interesantes que ha asumido la reacción contra la globalización económica, en la medida en que estos contrapoderes trabajan como alternativas en el seno mismo del proceso y utilizan sus propias armas, especialmente a nivel comunicacional (correo electrónico, redes sociales, Internet). Estos movimientos se caracterizan por la creciente simpatía y adhesión que generan, popularidad de las acciones que evidencian el vacío de legitimidad de las instituciones que impulsan la globalización económica y la carencia de respaldo democrático y apoyo ciudadano que caracteriza a dicha globalización en forma cada vez más directa.

El fenómeno, con un fuerte contenido utópico, se caracteriza por la multiplicación de tácticas de resistencia global y por la creación de redes de antidisciplina capaces de sabotear las viejas centralidades del poder (eurocentrismo impregnado aún de un discurso tercermundista condescendiente o paternalista). Las movilizaciones que inicialmente se desencadenaron contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, del Fondo Monetario Internacional, el “otro” Foro de Davos,<sup>8</sup> la evolución de los últimos diez años del Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre sobre “otro mundo posible” siguen buscando respuestas y ofrecen alternativas. La última reunión en Dakar en febrero del 2011 tuvo en cuenta los levantamientos populares en Túnez y Egipto. Según el intelectual senegalés Demba Moussa Dembélé, director del Foro Africano de Alternativas, estamos viviendo “una coyuntura política que no se veía desde años”.

Incluso los denostados socialdemócratas, integrantes de la Internacional Socialista, no quieren permanecer ajenos a esta “movida” in-

<sup>7</sup> Paolo Flores D’Arcais, “Tribuna”, *El País* (Madrid), 9-vi-2011.

<sup>8</sup> La globalización de resistencias y de luchas se analiza en François Houtart y François Polet, *El otro Davos*, Madrid, Popular, 2001.

ternacional. El chileno Ricardo Lagos con convicción afirmaba recientemente: “Hoy podemos ver en muchos rincones del planeta los resultados de la intensa labor de contactos, discusiones, transmisión de experiencias y apoyo mutuo que tiene su origen en la Internacional Socialista”. Tomando el ejemplo de los países árabes movilizados y de varios países africanos, Lagos en compañía de Alpha Condé y George Papandreu sostiene que “todos juntos están engendrando una nueva socialdemocracia mundial y un internacionalismo genuino y renovado con nuevos conceptos y nuevas ambiciones”.<sup>9</sup>

Los Estados generales internacionales, la Asociación por la Tasaación de las Transacciones Financieras y por la Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC) —y su propuesta de introducir la tasa Tobin a las transacciones financieras internacionales para restringir la volatilidad de los mercados de capitales— está presente en el debate actual de la mayoría de los países de Europa Occidental y en un importante número de países africanos y sudamericanos con una plataforma ampliada, que incluye el control de las decisiones de la Organización Mundial del Comercio, de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, del Fondo Monetario Internacional, del Grupo de los Ocho y de otros organismos.

La constelación de organizaciones que encabezan la lucha antisistema (el colectivo Vamos, Action Direct Network etc.) y “altermondista” —al modo de Oxfam— y la revista *Alternatives Sud*, que dirige François Houtart, van desarrollando una red de acciones concretas que persiguen objetivos específicos y relevantes, más que fundar macroins-tancias o realizar declaraciones principistas genéricas.

En este marco de por sí mundializado se multiplican las iniciativas por un foro social mundial plural, a favor de una sociedad civil sin fronteras (los nuevos ciudadanos del mundo), de la “tierra-patria”<sup>10</sup> que propone Edgar Morin, la Carta de la Tierra de Leonardo Boff<sup>11</sup> y surgen episódicas organizaciones neosituacionistas y radical ecologistas. Propuestas para la aplicación universal de los derechos humanos y otras basadas en la fraternidad, altruismo y las utopías de la otredad, van configurando una auténtica “revolución” alternativa de páginas electrónicas, cuyo medio “subversivo” de comunicación es Internet. Esta mediatización originalmente asumida por movimientos como el de Chiapas, el de los Sin Tierra (MST), el Foro de São Paulo, la Cumbre

---

<sup>9</sup> “Socialdemocracia, solidaridad, internacionalismo”, *El País* (Madrid), 31-III-2011, p. 35.

<sup>10</sup> Edgar Morin, *Terre-patrie*, Paris, Seuil, 1993.

<sup>11</sup> Leonardo Boff, *Ética planetaria desde el Sur*, Madrid, Trotta, 2001.

de las Américas, Vía Campesina, Globalization from below, Alternativas Libertarias o la propia Marcha Mundial de las Mujeres, se refleja en portales informáticos con un fuerte contenido contestatario y con diversas propuestas alternativas.

Las recientes revueltas del mundo árabe contra seculares regímenes dictatoriales han utilizado las herramientas de la mundialización de las comunicaciones. Globalización de resistencias y luchas que pueden observarse en el eco internacional que ha tenido el movimiento 15-M de los “indignados” en España que va mucho más lejos de la plataforma reivindicatoria que esgrimen legítimamente a escala nacional. Basta ver sus repercusiones en Argentina y Colombia así como en países europeos donde la pancarta “Basta ya” (en español) es enarbolada junto a la clásica “No pasarán” (también en español).

Estas propuestas no son simple reformismo, sino “elementos para la construcción de esa alternativa que se quiere suscitar”, por lo que no hay que tener miedo a “la andadura utópica cuya capacidad heurística y cuya fuerza mayéutica se reivindica”. El principio es que no hay que limitarse a ser antiglobalista, sino creer que “otro mundo es posible”. Dicho de otro modo, la utopía debe seguir siendo la aguafiestas de los lugares comunes y las verdades no cuestionadas. En este sentido es interesante la contribución que ha supuesto el *Diccionario del pensamiento alternativo*, coordinado por Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig, como propuesta contra el pensamiento único, contra la “filosofía de los tiranos en política, de los mercaderes insaciables en economía, de los dogmáticos en universidades e iglesias”. Frente a todas esas versiones de la filosofía única —escribe Roig— las filosofías alternativas siguen vivas. Y no sólo gozan de salud, como lo muestra el *Diccionario*, sino que poseen un registro de posibilidades inagotables. “Las alternativas que para los tiranos y los dogmáticos son heterodoxas o heréticas, constituyen expresión de las inagotables exigencias de la vida humana en su cambiante y a veces imprevisto devenir; y todavía algo más, que hace directamente a la situación histórica que viven los pueblos, el pensar alternativo es un derecho. Tenemos en consecuencia el derecho a la alternativa, así como tenemos el derecho a la utopía de un mundo mejor”.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> Arturo Andrés Roig y Hugo Biagini, “El pensamiento alternativo, un ariete transfigurador”, en DE: <<http://www.cecies.org/articulo.asp?id=66>>. Consultada el 10-VIII-2011.

<sup>13</sup> José María Vigil, *Aunque es de noche*, Madrid, Acción Cultural Cristiana, 2000.

#### 4. *Volver a ser gracias a la utopía*

EL principio de pensar globalmente, para ser eficaz, se completa con el imperativo de actuar moralmente, es decir, actuar como nos gustaría que otros actuaran. Occidente —y aquí debe incluirse América Latina— está pagando muy cara su incapacidad para inventar un “saber vivir” que sea tan eficaz como el “saber hacer” que reivindica en los órdenes de la producción y de la economía. Debe invertirse el axioma occidental de que “hacer y tener es más importante que ser”. Más que nunca se debe volver al ser.

Para ello, no debe temerse apelar a una responsabilidad mundializada, a una “hospitalidad” (“somos huéspedes unos de otros”, como dice George Steiner) que fuera más allá del individualismo autónomo y autosuficiente y tuviera en cuenta la vulnerabilidad, la fragilidad y aún la imprevisibilidad del ser humano.

En esta perspectiva y como un secreto mecanismo de compensación, mientras se globaliza la economía financiera y se multiplican las amenazas de homogeneización cultural, el individuo como sujeto central de preocupaciones retoma un espacio en casi todas las disciplinas, donde los aspectos institucionales o meramente ontológicos ceden su prioridad al individuo. El enfermo en medicina, el alumno en la enseñanza, la víctima de dictaduras, guerras y genocidios, son el objeto de estudio que antes priorizaban, respectivamente, la enfermedad, la escuela o la Universidad, las ideologías en nombre de las cuales se oprimía, censuraba, encarcelaba, torturaba o mataba.

Basta ver cómo unidos por similares preocupaciones se intenta zurrir el herido tejido de la sociedad: aprovechando el capital social desperdiciado; buscando cómo integrar movimientos sociales espontáneos, asociativos, alternativos o de protesta —como el que ha surgido en España con los “indignados” del 15-M— a una dinámica solidaria; cómo satisfacer esa necesidad de *otra* política que subyace en la aparente indiferencia ciudadana, cómo dar oportunidades a “*otras* lógicas” y ser cómplice de nuevos escenarios que puedan generar otros espacios. De ahí las consignas de “el otro Davos” y del Foro Mundial de las Alternativas: es tiempo de revertir el curso de la historia, “ha llegado el tiempo de las convergencias” y el de “despertar la esperanza de los pueblos”. En resumen: “Apropiémonos del porvenir”.

Este espíritu de insatisfacción que muchas veces se opone a la razón positiva es un reactivo a la apatía a la que considera negativa y peligrosa, esa “segunda derrota” que aqueja a muchos decepcionados

a quienes la “desestructuración de la esperanza social”<sup>13</sup> ha golpeado duramente y por la que tanta utopía y pasión se ha perdido en el camino.

América Latina poseedora de una larga tradición de pensamiento alternativo ya ha iniciado el camino de revertir el curso de la historia. Sigamos, pues, insatisfechos, más allá del conformismo de los globalizados y del pesimismo de los resignados. Cinco largos siglos de pensamiento utópico nos acompañan. Tan convencido estoy de ello que, para terminar, me gustaría hacer mía una cita que no recuerdo donde he leído ni quién la dijo: “He visto un futuro mejor y funciona”.



RESUMEN

Todo indica que estamos asistiendo al inicio de una segunda mundialización cuyos componentes no serán exclusivamente económicos, sino de civilización, cultura y ciudadanía. Los signos que la anuncian son plurales: políticos, sociales y culturales.

Nuestra reflexión parte del convencimiento de que el polarizado debate alrededor del *globalismo* sólo podrá superarse a partir de la elaboración de estrategias y proyectos alternativos que tengan en cuenta la vocación integradora, internacionalista y universalista de la historia occidental en la que América Latina ha desempeñado históricamente una función fundamental.

*Palabras clave:* globalización económica, globalización cultural, *glocalización*, proyectos alternativos.

ABSTRACT

Everything indicates that we are being witness to the beginning of a second period of becoming worldwide, whose components will be not only economic, but also encompass civilization, culture and citizenship. Multiple signs —political, social, and cultural—announce it.

This reflection is based on the reasoning that the polarized debate around *globalism* will only be overcome by creating strategies and alternative projects that take into account the integrative, internationalist and universalist vocation of Western history, in which Latin America has historically played a fundamental role.

*Key words:* economic globalization, cultural globalization, *glocalization*, alternative projects.